

LEE CHILD

**BASTANTE SEGURO
Y OTROS CUENTOS**

TRADUCCIÓN DE ALDO GIACOMETTI

blatt & ríos

Lee Child

Bastante seguro: y otros cuentos / Lee Child. - 1a ed. - Ciudad de Buenos Aires : Blatt & Ríos, 2026.

288 p. ; 22 x 14 cm.

Traducción de: Aldo Giacometti

ISBN 978-631-6567-73-4

1. Thriller. 2. Cuentos Policiales. I. Giacometti, Aldo, trad. II. Título. CDD 823

© 2024, 2026, Lee Child

© 2026, por esta edición: Blatt & Ríos

© 2026, por la traducción: Aldo Giacometti

1ª edición: junio de 2026

Título original: *Safe Enough and other stories*

Diseño de tapa: Iñaki Jankowski | www.jij.com.ar

Ilustración de tapa: Daniela Zeppa

blatt-rios.com.ar

ISBN: 978-631-6567-73-4

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio o procedimiento, sin permiso previo del editor y/o autor.

*Para mi viejo amigo Otto Penzler,
de quien fue la idea.*

ÍNDICE

| | |
|---|-----|
| Prólogo | 11 |
| El guardaespaldas | 17 |
| El mejor truco de todos | 31 |
| Diez kilos | 43 |
| Bastante seguro | 55 |
| Completamente normal | 75 |
| La solución calibre .50 | 85 |
| Transporte público | 99 |
| Mr. Rafferty y yo | 109 |
| Sección 7 (A) (Operativa) | 119 |
| Adicto a la dulzura | 133 |
| La liga de los cabezas huecas | 145 |
| Me contaron una historia romántica | 155 |
| Mi primer juicio por drogas | 165 |
| Empapado de lluvia | 175 |
| La verdad sobre lo que pasó | 195 |
| Pierre, Lucien y yo | 207 |
| Nuevo documento en blanco | 221 |
| Shorty y el portafolio | 233 |
| Morir por un cigarrillo | 245 |
| Los números del devorador de serpientes | 257 |

PRÓLOGO

A principios de la década de 1990 ya hacía quince años que trabajaba como productor de televisión, pero habían empezado a soplar vientos de cambio y sentí que la buena racha no podía durar para siempre. ¿A qué me dedicaría después? Se me ocurrió vagamente el plan de ponerme a escribir novelas, pero me fui olvidando, porque día a día y mes a mes seguía estando muy ocupado. Hasta que en un momento, como dijo Hemingway sobre la bancarrota, el final que al principio había estado acercándose gradualmente llegó de repente. Un día era un directivo con mucha experiencia; al otro día era un desempleado.

Había llegado el momento de poner en marcha el plan que tenía en pausa.

Aprendí a leer a los tres años, de manera autodidacta, y a los cuatro ya leía libros sin ilustraciones, y desde aquel entonces había leído probablemente diez mil obras narrativas de formato largo. Tenía cuarenta mil horas de experiencia en la televisión, tanto en ficción como en documentales. Sentí que tenía un buen conocimiento práctico del entretenimiento popular, de sus ritmos y de sus estructuras, de lo que le gusta al público masivo, de los motivos por los que ese público reacciona de determinada manera y de los motivos por los que

algunas cosas para ese público funcionan y otras no. Estaba familiarizado con lo que nosotros llamamos las profesiones con agente. Me imaginé que los editores encargados de conseguir manuscritos en las editoriales serían algo parecido a los productores de televisión encargados de seleccionar contenidos. Entendía todo lo que tenía que ver con cuestiones de promoción y publicidad. Leer siempre fue mi primer y gran amor y sentí que la combinación de una pasión personal con una amplia experiencia en la industria del entretenimiento me podía ayudar. Había aprendido a los golpes que en el mundo del espectáculo no hay nada garantizado pero, en conjunto, sentí que tenía una posibilidad razonable de llegar a tener éxito como novelista. Probablemente podía ser tan bueno como cualquier otro, y quizás mejor que varios. Estaba preparado. Lo había pensado bien y había reflexionado mucho al respecto. Sentí que tenía casi todo resuelto. Estaba listo para empezar.

El género cuento lo había pasado completamente por alto.

Obviamente sabía lo que era un cuento. Había leído y había disfrutado cientos de cuentos. Los mejores me parecían pequeñas piezas intrincadas y perfectamente concebidas, como los huevos de Fabergé. Un par de cuentos me habían quedado grabados en la memoria durante décadas, y sin duda quedarán allí para siempre. Pero nunca había pensado en escribir cuentos. Instintivamente no veía una conexión entre el formato largo y el formato breve. Pensaba que esa conexión no existía. Pensaba que eran cosas de las que se encargaban

personas totalmente distintas. Nunca se me ocurrió que a un autor de género como yo le iban a pedir que probara suerte con ambos formatos.

Terminé mi primera novela y la entregué a la industria, donde afortunadamente la aceptaron y se programó su publicación para dieciocho meses después. Sabía que si quería publicar un libro por año iba a tener que escribir un libro por año, por lo que dediqué esa demora de dieciocho meses a escribir mi segunda novela y la mayor parte de la tercera. (Estaba siguiendo el consejo de un exentrenador deportivo, que me dijo: No puedes incrementar tu talento, pero sí puedes asegurarte de trabajar más duro que los demás). Las tres novelas superaban cómodamente las cien mil palabras cada una, llenas, esperaba yo, de acción y suspenso atrapantes y emocionantes, pero también de luces y sombras, con escenas tranquilas y pequeñas digresiones, todas las cosas que hacen que las novelas sean lienzos tan espaciosos y acogedores, muy agradables primero para el autor y después (de nuevo, eso esperaba yo) para el lector.

Mi primera novela salió en la primavera de 1997. Fue la presentación oficial de Jack Reacher. Él tuvo una recepción bastante exitosa y el libro fue considerado como la primera entrega de lo que podía convertirse en una saga exitosa. Esos veredictos provocaron dos resultados inmediatos: primero, una oferta de Hollywood para llevar la novela al cine, y segundo, una propuesta para escribir un cuento. Con Hollywood estaba más o menos familiarizado (en su momento, la empresa de televisión para la que yo trabajaba había creado una

productora de cine y había ganado dos Oscar en su primera incursión), pero necesitaba un curso acelerado sobre el ecosistema del cuento.

Me introdujeron en el mundo de las antologías. Algunas eran claros intentos editoriales de obtener una pequeña ganancia; otras eran celebraciones retrospectivas de “los mejores cuentos” recientemente publicados, recopilados de distintos lugares y seleccionados por especialistas; algunas otras eran iniciativas de beneficencia que tenían como objetivo utilizar contenido donado por los autores para recaudar dinero para causas nobles. Pero la mayoría eran recaudaciones de fondos organizadas por asociaciones de escritores –Mystery Writers of America, International Thriller Writers, y otras tantas– que tenían la intención de pagar sus cuentas con los ingresos por regalías que obtendrían con la venta de dichos volúmenes (eso esperaban).

Naturalmente esos ingresos serían mayores si en esos libros participaran todas superestrellas ya establecidas en el mercado, pero las asociaciones de escritores están para ayudarnos a todos, por lo que la regla parecía ser repartir 50-50 entre nombres conocidos y nombres nuevos. Los lectores devotos comprarían las antologías por los nombres conocidos y los nombres nuevos se beneficiarían (eso esperábamos) con la vinculación y la exposición. La última información que recolecté fue que, por todos esos motivos, escribir cuentos era básicamente *pro bono*. Con los cuentos ningún escritor ganaba nunca una cantidad de dinero significativa. Algo que después me confirmó mi propia experiencia, en la

cual mi cuento más exitoso ha recaudado miles de veces menos que mi novela menos exitosa. A la larga, al menos para mí, esa disparidad resultó ser lo mejor de los cuentos.

Así que con toda esa información, dos novelas y parte de una tercera ya escritas y una publicada hasta el momento, entregué un cuento para una antología de literatura policial. Después alguien me pidió otro, y alguien otro más, y así, hasta que me encontré escribiendo cinco o seis por año. O diez. A veces más, probablemente. Cada vez tenía que tomar una decisión binaria básica: si escribir un cuento de Jack Reacher o uno que no fuera de Jack Reacher.

Alterné desde el principio. Usar a Reacher tenía sus ventajas: un personaje y una estructura ya elaborados, una voz y una gramática ya establecidas, la posibilidad de utilizar ideas o partes de argumentos no lo suficientemente extensos como para una novela, etcétera.

Pero el verdadero placer para mí estaba en los cuentos que no eran de Reacher. El libro que estás leyendo ahora es una selección de esos cuentos, preparada por el editor. Para mí la alegría residía en salir y tratar de hacer cada vez algo distinto. Algo nuevo. Época, lugar, nacionalidad, personalidad, todo. Era liberador. Y divertido. Lo que lo hacía incluso mejor era una certeza que mi subconsciente más profundo estaba interpretando totalmente mal. Como mencioné, ninguno de estos cuentos daba nada de dinero. Por lo tanto, decía mi subconsciente entrenado a base del éxito en la recaudación, nadie los leía. Si no hay público, no hay dinero. Así funciona el mundo del espectáculo.

La ilusión de que nadie estaba mirando fue lo mejor del mundo. Hacía que no hubiera ningún tipo de presión. Podía probar cualquier cosa que se me ocurriera. Algunos cuentos fracasaban, pero otros realmente captaban la voz que tenía en la cabeza. Estaba contento con los resultados. Aunque no estoy seguro de haber aprendido realmente a escribir cuentos. A escribirlos bien. Huevos de Fabergé no son. Los grandes escritores de cuentos logran hacer algo misterioso que es propio del género. Nunca resolví esa cuestión. Mis cuentos son novelas muy, muy, muy breves. Pero eso no hace que sean peores que las novelas. Tienen principio y nudo y desenlace. Pasa algo sorprendente. O se revela algo.

Lo que me permiten ver ahora estos cuentos es no solo el innegable flujo y la energía creados por los nuevos territorios sino también —en retrospectiva— creados por la ausencia de una sensación subliminal por parte del escritor de que hay mucho, mucho más por venir. De que hay que empujar una roca cuesta arriba. En los cuentos no hay que tomar ninguna precaución con respecto a ir dosificando las cosas. No hay ninguna necesidad de guardar nada para el capítulo 17. Está todo ahí, en ese instante, avanzando rápido y sin moderación, a menudo escrito de una sola vez en una sola sentada. Como dije, era divertido.

Lee Child
Colorado
2024

EL GUARDAESPALDAS

Como todo lo demás, el mundo de los guardaespaldas también está dividido entre lo verdadero y lo falso. Los guardaespaldas falsos no son más que choferes pretenciosos, grandotes de traje a los que solo se elige por su altura y su físico y su aspecto, no muy bien pagos ni muy útiles cuando las cosas se ponen feas. Los guardaespaldas de verdad son técnicos, pensadores, hombres entrenados y experimentados. Pueden no ser gran cosa a nivel físico, siempre y cuando sepan usar la cabeza y tengan resistencia. Siempre y cuando sean útiles cuando llegue el momento.

Yo soy un guardaespaldas de verdad.

O al menos, eso fui.

Me formé en uno de esos escuadrones secretos del ejército en los que la custodia personal es parte del plan de estudios. Ejercí ese oficio, entre muchos otros, durante largo tiempo, en todas partes del mundo. Soy un hombre de estatura media, delgado, rápido, con mucha resistencia. No exactamente un maratonista, pero nada que ver con un levantador de pesas. Me fui del ejército después de quince años de servicio y conseguía mis trabajos a través de la agencia de un amigo. La mayor parte

de los trabajos eran en Sudamérica y en Centroamérica. La mayor parte de los encargos eran por poco tiempo.

Entré en el negocio justo cuando se estaba volviendo una locura.

Los secuestros para cobrar un rescate se estaban convirtiendo en un deporte nacional en la mayoría de los países sudamericanos. Si eras rico o tenías conexiones políticas, automáticamente te convertías en un objetivo. Trabajaba para clientes corporativos británicos y norteamericanos. Tenían gerentes y ejecutivos en lugares como Panamá y Brasil y Colombia. A esas personas se las consideraba infinitamente ricas e infinitamente conectadas. Ricas, porque lo más probable era que las empresas para las que trabajaban estuvieran dispuestas a pagar el rescate, y esas corporaciones estaban valuadas en cientos de miles de millones. Conectadas, porque en última instancia los gobiernos occidentales intervendrían. No había mayor sensación de conexión política que la que sentía uno de los malos sabiendo que podía estar sentado en un claro de una selva en algún lado y ser escuchado en el número 10 de Downing Street o en la Casa Blanca.

Pero yo nunca perdí un cliente. Era un buen técnico, y tenía buenos clientes. Todos sabían qué era lo que estaba en juego. Trabajaban conmigo. Eran dóciles y obedientes. Querían cumplir con sus dos años en medio del clima tórrido y volver con vida a sus casas matrices y a los ascensos que los esperaban. Mantenían un perfil bajo, no salían de noche, en realidad no iban a ningún lado salvo a sus oficinas y a los lugares de trabajo. Todos los traslados se realizaban a alta velocidad

y en vehículos blindados, por distintas rutas y en horarios impredecibles. Mis clientes nunca se quejaban. Porque estaban trabajando, tendían a aceptar un equivalente aproximado de la disciplina militar. Durante un tiempo, todo fue relativamente fácil.

Después empecé a trabajar por mi cuenta.

Ganaba más dinero. Los contratos eran mejores. El trabajo era peor. Aprendí a mantenerme alejado de la gente que quería a un guardaespaldas solo como símbolo de estatus. Estaba lleno de gente así. Me deprimían, porque a fin de cuentas yo no tenía mucho que hacer. Demasiadas veces terminaba haciendo mandados mientras mis capacidades se deterioraban. También aprendí a mantenerme alejado de la gente que no tenía una necesidad verdadera. Londres es una ciudad peligrosa y Nueva York es todavía peor, pero nadie necesita verdaderamente un guardaespaldas en ninguno de esos dos lugares. De nuevo, no hay mucho para hacer. Es aburrido, y desgastante. Admito aquí abiertamente que mi adicción al riesgo era lo que guiaba mis decisiones.

Incluida mi decisión de trabajar para Anna.

Todavía no se me permite mencionar su apellido. Era una cláusula del contrato, y ese contrato tiene vigencia hasta el día de mi muerte. Un amigo de un amigo me hizo saber que el puesto estaba vacante. Me llevaron en avión a París para la entrevista. Anna resultó ser una mujer de veintidós años, increíblemente hermosa, morena, delgada, misteriosa. La primera sorpresa fue que ella misma llevó a cabo la entrevista. Por lo general, en una situación así, el que maneja las

cosas es el padre. Como si contratar a un guardaespaldas fuera lo mismo que comprar un Mercedes descapotable como regalo de cumpleaños. O que organizar unas clases de equitación.

Pero Anna era distinta.

Era rica por derecho propio. Había heredado de otra rama de la familia. De hecho, creo que era más rica que su padre, que ya era bastante rico. La madre también era rica. Plata propia, de nuevo. Eran brasileños. El padre era empresario y político. La madre era una estrella de la televisión de su país. Era un triple desafío. Océanos de dinero, conexiones, Brasil.

No debería haberlo aceptado.

Pero lo acepté. Supongo que quería enfrentar el reto. Y Anna era cautivadora. Claro que una relación íntima y personal con ella no habría sido apropiada. Era una clienta y yo tenía casi el doble de su edad. Pero desde los primeros momentos supe que sería divertido estar cerca de ella. La entrevista salió bien. No puso en duda ninguna de mis certificaciones formales. Tengo cicatrices y medallas y condecoraciones. Nunca había perdido un cliente. De haber sido de otro modo, jamás habría estado hablando conmigo, por supuesto. Me preguntó sobre mi visión del mundo, mis opiniones, mis gustos, mis preferencias. Le interesaban las cuestiones de compatibilidad. Era evidente que ya había contratado antes a otros guardaespaldas.

Me preguntó cuánta libertad pensaba darle.

Me dijo que hacía obras de caridad en Brasil, trabajo social. Derechos humanos, reducción de pobreza, las

cosas habituales. Horas y días de viajes por las favelas y las selvas de las periferias. Le conté de mis clientes anteriores en Sudamérica. Los empresarios, los petroleros, los gerentes de empresas mineras. Le dije que mientras menos cosas hacían, más a salvo estaban. Le describí un día normal de esas personas. Casa, auto, oficina, auto, casa.

No aceptó esa propuesta.

—Tenemos que encontrar un equilibrio —dijo.

Su lengua materna era el portugués, y su inglés era bueno pero con un poco de acento. Su manera de hablar era incluso más atractiva que su aspecto físico, que ya era de por sí espectacular. No era una de esas chicas ricas que se visten de manera informal. No usaba pantalones de jean rotos. Para la entrevista tenía puesto un pantalón negro liso y una camisa blanca. Ambas prendas parecían nuevas, y estoy seguro de que eran de una tienda parisina exclusiva.

—Elija un porcentaje —le dije—. Puedo mantenerla ciento por ciento fuera de peligro dejándola veinticuatro siete dentro de su departamento o puede estar ciento por ciento en peligro caminando todo el día sola por las calles de Río de Janeiro.

—Setenta y cinco por ciento fuera de peligro —dijo. Después negó con la cabeza—. No, ochenta por ciento.

Yo sabía de lo que ella estaba hablando. Estaba asustada, pero quería tener una vida. No estaba siendo realista.

—Ochenta por ciento significa que vive de lunes a jueves y muere el viernes —dije.

Se quedó callada.

—Usted representa un objetivo de la más alta calidad —dije—. Es rica, su mamá es rica, su papá es rico, y además es político. Será el mejor objetivo de todo Brasil. Y los secuestros son un negocio complicado. Por lo general fallan. Por lo general son lo mismo que un asesinato, pero apenas aplazado. A veces ni siquiera muy aplazado.

Ella no dijo nada.

—Y a veces es muy desagradable —dije—. Pánico, estrés, desesperación. No la tendrán encerrada en una jaula de oro. La encerrarán en una choza en la selva con un grupo de matones.

—No quiero una jaula de oro —dijo ella—. Y usted estará allí.

Yo sabía de lo que ella estaba hablando. Anna tenía veintidós años.

—Haremos todo lo que podamos —dije.

Me contrató en el acto. Me pagó un anticipo de un salario muy generoso y me pidió que hiciera una lista de todas las cosas que necesitaba. Armas, ropa, coches. No pedí nada. Pensé que tenía lo que necesitaba.

Pensé que sabía lo que estaba haciendo.

Una semana después ya estábamos en Brasil. Volamos siempre en primera clase, de París a Londres, de Londres a Miami, de Miami a Río. Yo elegí la ruta. Indirecta e impredecible. Trece horas en el aire, cinco en salones de aeropuertos. Era una compañera agradable, y una clienta que cooperaba. En Río nos fue a buscar uno de mis amigos. Anna tenía presupuesto de sobra,